

# “Dios lo Quiere”

Por IGNACIO VALENTE

Me reservaba yo, la semana pasada, el placer de comentar por separado un hermosísimo poema de Gabriela Mistral, “Dios lo quiere”, uno de los textos poéticos más intensos del idioma castellano. Es un terrible poema de amor, una explosión femenina de celos, que alcanza, en su despliegue verbal, un acento tierno como el Cantar de los cantares y a la vez una carga de impresión y amenaza como de Isaías o Jeremías. Es lástima tener que transcribir por escrito un poema que, por su indeleble dramática más que lírica, debería ser hablado por voz humana, con todas las flexiones de la furia, la ternura y la pasión de una cosa voz femenina. El lector interesado ensayará la ejecución dramática de estos versos que, en su propio significado, llevan ya la indicación del ritmo y del tono apto para cada palabra. He aquí su primera parte:

La tierra se hace madrastra  
si tu alma vende a mi alma.  
Llevan un escalofrío  
de tribulación las aguas.  
El mundo fue más hermoso  
desde que me hiciste aliada,  
cuando junto de un espino  
nos quedamos sin palabras;  
¡Y el amor como el espino  
nos traspasó de fragancia!  
Pero te va a brotar viboras  
la tierra si vendes mi alma;  
baldías del hijo, rompo  
mis rodillas desolladas.  
Se apaga Cristo en mi pecho  
(Y la puerta de mi casa quiebra la mano  
al mendigo  
y avienta a la atribulada!

“La tierra se hace madrastra...” La voz parte con fuerza contenida, arrastrando apresuradamente el sonido de *erre* y *ere* premonitorias. La tierra madre se corrompe en madrastra si el amante es infiel. El tercer verso cambia de tono, ya que no de asunto; se hace confidential y descriptivo, suave y clarividente, para acercar a la naturaleza entera con la pasión de la mujer; así hasta el verso octavo. Con las exclamaciones del noveno y décimo —“y el amor como el espino...”— el tono vuelve a subir: el recuerdo del éxtasis pasado se olvida de los celos para entregarse a la dichosa efusión del amor. Pero sólo por un instante. El verso undécimo repite los celos, la amenaza y el duro sonido del primero con nueva furia, esta vez ya no contenida. Es un verso tremendo: “Pero te va a brotar viboras/ la tierra.” Notese la bellísima alteración de las *ve, be* y *ere*: la palabra “viboras” no se dice, se escupe, se dispara en la explosión de la larga e estrepitosa, rodeada de esas consonantes que, ya preparadas en “va a brotar”, alzantan nueva dureza en ese signo de maldición areólica que es “viboras”: todo esto, mientras las *ere* y

se persisten en su dura música de fondo. A continuación, “baldías” y “rodillas” prolongan el eco de la *i* de “viboras”, en la imagen de la maternidad frustrada. Y tras la mención del Cristo que se apaga en el pecho de la amante, una imagen brutal: la violación de la sagrada hospitalidad, la inversión de la caridad santa, en esa puerta —la puerta de la casa humana— que nadie menos que “quiebra la mano al mendigo y avienta a la atribulada”. En suma, viene la perversión íntegra del orden humano “si tu alma vende a mi alma”, si el amante se porta con la amada como un Judas traidor.

He aquí la segunda parte:

Beso que tu boca entregue  
a mis oídos alcanza,  
porque las grutas profundas  
me devuelven tus palabras.  
El polvo de los senderos  
guarda el olor de tus plantas,  
y enciendelas como un cervo  
te sigo por las montañas...  
A la que yo amo, las abejas  
la pintan sobre mi casa.  
Ve cual ladron a besara  
de la tierra en las entrañas,  
que cuando el rostro le alegre,  
hallas mi cara con lágrimas.

“Beso que tu boca entregue...” Después del clímax, el tono se ha hecho otra vez confidencial, tenso, premonitorio, mientras quizá los ojos brillan con un destello de lucidez demente o preternatural. En efecto, por fuerza de los celos, los sentidos de la amante alcanzan una potencia cósmica: la naturaleza entera es como una extensión de sus oídos, y hasta lo más lejano —“las grutas profundas”— retiene las palabras de la infidelidad del amante.

El mundo entero, con centro en el corazón de la mujer, es un oído expectante para ese susurro. El tono de este cuarteto es todavía suave, pero tras él se inicia ya un formidable creciente de la furia, que no se detendrá hasta la emoción encortada del verso final. El quinto verso. —“el polvo de los senderos...”— introduce el cambio de tono e intensidad. La sonoridad continúa, pero del mundo de los oídos se pasa al más bestial y primitivo del ofiato, a los ritos del amor animal. Una secreta ferocidad anima este segundo cuarteto. Así como el amante bíblico se compara a sí mismo con un cervo, así la poeta renueva esta imagen sustituyendo su ternura original por la violencia de una persecución vengativa: “te sigo por las montañas...” La temible celosía es como un perro de presa, una fuerza de la na-

tureza. El verso noveno marca un nuevo ascenso de la ira, con la sola mención de la “otra”: “... las abejas/ la pintan sobre mi casa”. Hemos pasado al mundo de los ojos, y de nuevo con altanea cósmica: la amante se prolonga en el universo, la naturaleza entera trabaja para ella: esas “abejas” de brusca irrupción, que se deben pronunciar con duro y prolongado acento, delatarán al infiel. Los versos restantes, poseídos de la pasión de los celos, abandonan ya toda forma condicional o subjuntiva y, dando por hecho la infidelidad, exhortan imperativamente al traidor a proceder, en una nueva elevación del tono airado. El epíteto “ladron” enfatiza este tono, y las “entrañas” de la tierra continúan la dimensión delictiva de la infidelidad, así como la dimensión cósmica de los celos y la cacería del culpable. El penúltimo verso, plástico y hermosísimo —“que cuando el rostro le alegre”— parece anunciar a continuación la más terrible y final de las maldiciones; cosa que en cierto modo ocurre, pero sólo mediante un vuelco inesperado —la sustitución de las entrañas— que representa, junto con la más refinada venganza de los celos, un brusco quiebre de la emoción y una tierna confesión de amor y dolor: “hallas mi cara con lágrimas”.

El poema tiene todavía dos partes, más breves y quizá más débiles que las dos primeras, insuperables. Sólo el final roba la fuerza original: el amante se supone muerto, pero todavía bajo tierra seguirá sintiendo el acozo de la mujer, que sólo terminará cuando ella muera: “hasta que te espolvoreen/ mis huesos sobre la arena.” Es la brutal y tierna conclusión del poema. La calidad singularísima de este texto reside en su fuerza como poesía dramática. No habla aquí el alma en una simple efusión lírica; la confesión del sentimiento está animada por los resortes de la voz dramática. Habla el ego del drama, el personaje, con una voz que pide ser ejecutada, “interpretada”, no leída con los ojos. Y es maravilloso la adecuación entre las inflexiones de esa voz y las particularidades de sonido, música, imagen, idea de cada verso. La energía del amor celoso es el suplo interior que configura, según sus necesidades de expresión dramática, la forma integral del poema. Esta fuerza pasional combina, con una destreza instintiva, la suavidad y la violencia, la ternura y la agresividad; organiza lo íntimo y lo cósmico; conciencia la delicadeza del amor salvaje y la brusquedad de la imprecación proletaria en un contrapunte de alto efecto dramático. “Dios lo quiere” es, al menos en sus dos primeras partes, uno de los más grandes poemas que se hayan escrito en nuestro idioma.

## Dios lo quiere [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

**AUTORÍA**

Valente, Ignacio, 1936-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1974

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Dios lo quiere [artículo] Ignacio Valente.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)